

(Traducción en español)

Noviembre-diciembre de 1961)ⁱ

Jesús crucificado y abandonado

Así como todo el cristianismo es un misterio de amor y de dolor, igualmente nos parece que los elementos verdaderamente vitales de nuestro Movimiento son el amor y el dolor.

Pero igual que en el cristianismo, en general, el amor supera al dolor y la vida vence a la muerte, así sucede en la Obra de María.

* * *

Cuando estábamos en los comienzos de esta nueva vida, nos preguntábamos qué podía ser lo más bello del mundo: las estrellas, las flores, los niños, el ingenio, las puestas de sol... Y siempre concluíamos: es el amor, el amor materno, fraterno o conyugal... que Dios ha puesto en el corazón humano.

Jesús había elevado el amor fraterno al plano sobrenatural, formando con los cristianos una fraternidad. El amor materno se nos presentaba aún más hermoso porque estaba purificado por el dolor, y, por tanto, era más duradero y sagrado para el corazón humano. El amor conyugal descollaba entre todos los demás porque era tan fuerte que daba a dos criaturas la capacidad de abandonar los otros afectos naturales para formar una nueva familia.

* * *

El amor, pues, es hermoso. Pero decíamos: «¿Cómo será Dios que lo ha creado? ¿Podremos nosotras, que lo hemos dejado todo por Él, probar ya en esta vida algo de ese Amor que es Dios?»

* * *

Un día, escuchando a un sacerdote que hablaba de los dolores de Cristo, le oímos decir que quizás el momento en el cual Él había sufrido más había sido cuando en el Calvario había exclamado: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»

Al comentar después estas palabras, y movidas por el gran deseo de aprovechar bien la única vida que teníamos, decidimos elegir a «Jesús abandonado» –así lo llamamos en ese dolor– como a nuestro modelo.

Desde aquel momento Él, su rostro, su misterioso grito, parecieron dar color a cada instante doloroso de nuestra vida.

* * *

Nosotras, como todos, sentíamos ciertas amarguras en el alma, que se podían llamar: oscuridad, aridez, sensación de fracaso, soledad, peso de la propia humanidad y de los propios pecados.

¿Pero acaso no le había sobrevenido también a Jesús, en la hora nona, una tiniebla tan espesa que superaba hasta lo infinito cualquier sensación de oscuridad que pudiéramos tener nosotros?

¿Y no era su aridez tan fuerte que parecía privar misteriosamente al alma divina de Jesús de la dulcísima presencia del Padre?

Nunca, como en ese instante, Él, el victorioso, parecía tan fracasado. Él –Hijo de Dios– reunía a todos los hijos con el Padre, pagando por ellos con la soledad más negra. Él, inocentísimo, cargaba sobre sus espaldas con todos nuestros pecados, atrayendo sobre sí, como pararrayos divino, toda la justicia de Dios.

Veíamos en nuestros pequeños dolores una sombra de su dolor, y mientras antes arrastrábamos estos momentos esperando que cambiaran por la intervención de nuevos elementos, ahora, recogiéndonos en el fondo del alma, los ofrecíamos a Jesús, contentas de poder agregar nuestra pequeña gota al mar de su dolor. Y continuábamos la vida en los instantes siguientes proyectadas en su voluntad, por ejemplo, en el amor al prójimo que las circunstancias nos ponía al lado.

La oscuridad, la sensación de fracaso, la aridez desaparecían. Y comenzábamos a entender lo dinámicamente divina que es la vida cristiana que no conoce tedio, cruz o dolor, sino tan sólo de paso, y hace gustar la plenitud de la vida, que quiere decir resurrección, luz, esperanza aun en medio de las tribulaciones.

Jesús abandonado, por tanto, resultaba para todas como la llave que abría continuamente la unión con Dios.

* * *

Él fue también el medio con el cual se resolvieron las pequeñas fisuras en la unidad, que se había creado entre nosotras, gracias a la «mutua y continua caridad».

«Donde hay caridad y amor, allí está Dios»; pero donde no hay caridad ni amor, allí no está Dios. Y su dulce presencia, que daba sentido a la nueva vida que habíamos emprendido, la luz que envolvía incluso las mínimas acciones hechas por su amor y explicaba el presente mientras mostraba el futuro luminoso, y ese gozo pleno que comporta la unidad realizada entre hermanos, todo ello se desvanecía a veces, por el orgullo, la soberbia de una o de otra, por cualquier apego a las propias ideas o cosas, o por falta de caridad.

Entonces nuestras almas se encontraban desconcertadas, se debatían en la oscuridad, y parecían inútiles los pasos que habíamos realizado ya.

Era como si el sol de nuestra luminosa unidad desapareciese.

Sólo el recuerdo de Él, en su negro abandono, y de las tinieblas en las que se había encontrado envuelta su alma, nos daban la esperanza de que no todo estaba perdido. Más aún, siendo aquello un dolor, podía ser grato a Dios si se le ofrecía con amor... Y así lo hacíamos, reconstruyendo después con decisión la unidad entre nosotras, pidiendo perdón y tomando la iniciativa, aun cuando no fuéramos nosotras, sino el hermano, quien pudiera tener algo en contra: el Evangelio nos había enseñado que ni siquiera la ofrenda al altar era agradable a Dios en un ambiente donde faltaba la caridad recíproca.

Y el sol volvía a la pequeña comunidad: presencia de Jesús entre aquellos que están unidos en su nombre.

* * *

Por el amor a Jesús abandonado la luz y la paz resplandecían no solamente en nuestras almas, sino también en todas aquellas que, solas, desorientadas, huérfanas, desilusionadas, fracasadas, amargadas, desesperadas, sin apoyo en situaciones absurdas recordaban en alguno de sus aspectos a Aquel que habíamos elegido.

Estas eran las preferidas por los miembros del Movimiento, que se esforzaban por compartir toda la pena que contenían sus corazones. En el momento oportuno les hablábamos de Él, de su amor infinito, de la predilección que tuvo por aquella categoría de personas mencionadas en las bienaventuranzas, del

privilegio que tenían al poder compartir con Él la cruz por su propio bien y el de la humanidad. Además les explicábamos la necesidad de ofrecerle el dolor personal, en el que debíamos ver únicamente su rostro. ¿No había dicho santa Teresa de Niño Jesús, cuando descubrió la enfermedad que la llevó a la muerte: «He aquí el Esposo»?

Por tanto, nosotras y los demás, íbamos aprendiendo que el dolor es siempre algo sagrado: no teníamos que soportarlo solamente, sino abrazarlo.

De esta forma la soledad se llenaba de Dios y de la compañía de muchos otros hermanos que se unían al Movimiento. Las almas encontraban en Cristo abandonado la orientación para su vida. Los huérfanos descubrían, entre aquellos que se esforzaban en hacer la voluntad de Dios, además de hermanos y hermanas, padres y madres. Las personas desilusionadas, cansadas, fracasadas, resolvían sus problemas, ya que los *porqués* de cada uno encontraban respuesta en su gran *porqué*.

Jesús había descendido hasta nosotros haciéndose hombre, pero en la cruz se había aniquilado y en su abandono nos parecía reducido a la nada. Era como un divino plano inclinado, que daba la posibilidad de acceso hasta su divina majestad a *cualquier* hombre que se encontrase en el mundo, en *cualquier* condición moral y espiritual, con tal de que se dirigiera a Él, transformando todo el sufrimiento que le oprimía en moneda de amor para seguirle.

De esta manera muchas personas, a través de nuestro Movimiento, han comprendido o experimentado las palabras de Jesús: «No necesitan médico los sanos, sino los enfermos».

Por otra parte nosotras, primeras focolarinas, para ser verdaderas cristianas decíamos todos los días al despertarnos: «Porque estás abandonado»; como queriendo decir: «El porqué de mi vida eres Tú, Señor crucificado, bajo cualquier forma que vengas. No evitaré tu encuentro. Por el contrario, será el mejor momento para mí, porque es en el dolor, ofreciendo el dolor, donde se está seguro de amar a Dios con un amor puro».

* * *

Este es nuestro ideal: Jesús crucificado y abandonado en nosotros y fuera de nosotros, en el mundo entero, que hay que aliviar y confortar.

Nuestra pequeña experiencia nos dice que no hay vida cristiana sino en aquellos que se consagran a la cruz, porque nuestra experiencia no es más que una de las innumerables realizaciones de la palabra de Jesús: «Si alguno quiere venir... tome su cruz y sígame».

Pero si algo podemos decir, para aliento de quien emprende esta divina aventura, es que en nuestra pequeña medida también nosotros, como nuestros hermanos gigantes, los santos, hemos podido experimentar que el arrojarse a los brazos de la cruz no significa encontrar solamente el dolor. No, la cruz conduce al amor, a ese Amor que es la vida de Dios mismo en nosotros.

ⁱ Fecha de la "Mariapoli", 1961, Año IV n. 2, p. 10-16 donde, en parte, se publicó este escrito. Cf. C. LUBICH, *Todos uno*, Roma 1968; *Escritos Esp.*/3.